

CAPÍTULOS GRATUITOS

**Zion**

Endlesscurl (Ximena Renzo)

# Zion

## AGRADECIMIENTOS

No voy a cansarme de agradecer a Dios, a mi familia, amigos, lectores y personas que han estado siempre conmigo.

Pero esta vez quiero agradecerle a mi prima Valeria Zambrano, con quien me senté unas horas en una cafetería a conversar sobre el libro y quien captó mi idea y diseñó la portada que ustedes ven. Perdón a mis demás primos, pero eres una de mis favoritas y eres tan talentosa como genial. Creo que es cosa de familia, ¿no?

También quiero agradecerle a Nova Casa Editorial por esta nueva oportunidad para publicar un segundo libro.

A Daniel, mi coordinador y de las primeras personas que conocí en la editorial; Dani, mi panda favorito y la persona que vino hasta mi casa a enseñarme cómo hacer para que el texto tenga más sentido con sus lecciones; Daniela, que maquetó el libro y entendió en tres segundos qué es lo que quería en sus páginas. Sin exagerar. Bueno, sí. Sí exagero un poquito. Finalmente, a Nadín, que me mandó textos más largos que toda mi existencia en el planeta Tierra explicando términos como «pluscuamperfecto», que uno va aprendiendo con el tiempo. ¿Se dieron cuenta de que estoy rodeada de Danieles, amigos?

Gracias por permitirme volver el universo de Counterville una realidad.

Son unos melocotoncitos.

*Este libro va dedicado a todo aquel que  
decidió escribir su propia historia.*

## CAPÍTULO UNO

# Un deseo

Llega un momento en la vida en el que no sabes qué hacer. Eso está bien, nadie tiene un manual. Pienso que no está mal equivocarse de vez en cuando, aprender de los errores que nos pasan día a día, pero eso a mis padres no les quedó claro del todo.

No era una persona problemática... Bueno, tal vez un poco hiperactiva y me metía en líos sin querer, como el hecho de haber escondido el uniforme de quizá la persona más importante para la directora de mi escuela: su hija.

—¡Blair! —vociferé a todo pulmón con la esperanza de detener la escena que estaba por suceder. La niña en cuestión tenía un recipiente con un líquido verdoso y pretendía echarlo sobre la cabeza de mi amigo Marcel, tomándolo desprevenido.

—¿Sí? —Giró a verme mientras sonreía. Ella se mostraba tan tranquila que no parecía la misma persona que estaba por molestar a algún inocente de la escuela por enésima vez en lo que iba del año—. Oh. Pero si es Gia. ¿Cómo estás?

—Deja a Marcel en paz.

—¿A quién? —preguntó por fin para dejar el recipiente en manos de alguna de sus amigas. Yo señalé a mi amigo con la mirada y ella rio acercándose a mí.

—Oh, anteojitos.

Suspiré e intenté calmarme. Marcel había tenido algunos problemas en el pasado y se estaba recuperando gracias a la terapia que llevaba. Personas como Blair no ayudaban en absoluto.

—Estás a punto de colmar mi paciencia y vas a saber qué es ser avergonzada en público, Blair, lo digo en serio —dije mientras negaba con la cabeza y la señalaba. Ella solo se rio más fuerte y tomó el recipiente para arrojarme el líquido.

Oh, ella sí que había cruzado la línea.

Así que esa fue la razón por la cual luego de natación, el uniforme de Blair apareció en el mástil reemplazando nuestra bandera.

Bien, tal vez sí era un poco problemática, pero fue una buena causa. Esa niña daba por seguro que podía maltratar a cualquiera porque su madre era dueña del colegio.

\*\*\*

—Gia McKay, voy a llamar a tus padres. Es una falta de respeto hacia mi hija, la bandera y esta honorable institución. No puedes seguir así —sentenció la directora una vez que estuve sentada frente a ella en su oficina.

—Entonces, ¿se refiere a que su hija puede seguir molestando a quien quiera sin que le den un castigo? —pregunté. Estaba enojada y en este punto no sabía ya si le estaba faltando el respeto o no.

—¡Si alguien va a castigarla, esa soy yo!

—¡Pero usted nunca hace nada y yo no voy a esperar sentada a que mi amigo se quite la vida, ¿sabe?! ¡Haga algo!

—Sí, voy a hacer algo. Voy a llamar a tus padres.

Y así fue como en una hora, mi madre supo otra versión de la historia, me sacó de la escuela y me gritó mucho en el auto porque por quinta vez me habían suspendido.

—Te pasaste, esta vez sí que te pasaste de la raya, Gia. ¡No puedo creerlo! —siguió gritando.

—Ya te dije que ella se lo merecía. Nos molestaba a todos, ¡molestaba a Marcell!

—¿Y? ¿No podías decírmelo? ¿Eso significa que puedes rebajarte a su nivel haciendo esa tontería? ¡Agradece que solo te suspendieron! Yo que ella te expulsaba de la escuela. Ya iremos a casa y hablarás con tu padre.

—Ma... No —supliqué y cerré los ojos—. Mira, podemos hacer un trato. No le decimos nada a papá y te prometo que me portaré bien.

—No, no lo harás. Ya hemos pasado esto varias veces, siempre te cubro, pero acabas de cruzar mi límite. No quiero que te conviertas en una delincuente.

—Mamá, ¿escuchas lo que dices? No fue para tanto.

—Sí, perfectamente. Y estoy muy decepcionada de ti. De verdad, confiaba en que aprovecharías esa oportunidad. Te hemos dado todo lo que querías, pero esto se acabó.

Y por primera vez, vi real decepción en su mirada. Mis labios temblaron y sentí un nudo en la garganta, limpié esa lágrima que empezaba a deslizarse por mi nariz y subí al auto junto a ella.

Papá se enteraría y la bomba iba a explotar. No había escapatoria.

\*\*\*

—No puedo creerlo —susurró apoyando los dedos en su frente. Estuvo ahí por unos segundos, dio un golpe seco a la mesa, haciéndome pegar un brinco, y se levantó.

—Papá, lo siento —hablé bajito sintiendo cómo dolía pronunciar esas palabras.

—Lo siento... ¿Lo sientes? No lo haces, y es nuestra culpa. Nosotros te malcriamos, pensábamos que era una etapa, pero ya tienes dieciséis años, Gia. ¡Esto se está saliendo de control! —Tomó mi libreta de comportamiento y la lanzó al piso—. Tienes cinco suspensiones en lo que va de estos tres meses y tu mamá no me había dicho nada. ¿Cómo es eso posible? ¿Te parece justo? ¡Es la segunda vez en este año que te cambiamos de colegio!

Negué con la cabeza y un sollozo brotó de mí impidiéndome hablar.

—Es la última vez, por favor, papá... —Fue lo único que salió de mí.

—Lo sé, sé que es la última vez. Yo mismo voy a sacarte de esa escuela. Si deseas comportarte así, lo harás en la escuela pública de Baltimore.

—¿Qué? —pregunté limpiándome las lágrimas—. ¡No! Por favor, no, ahí está Corinne. Ella me odia.

—Tu prima no te odia, eso es lo que tú crees, si nunca tratas con ella. De todos modos, no es una pregunta, vas a ir y es mi última palabra. Ahora ve a tu habitación. De ahora en adelante será el lugar que más verás. Se acabaron los viajes y las salidas con amigos.

Tomé aire y mis labios volvieron a temblar, pero esa vez no volteó a mirarme. Noté que hablaba en serio. Se había acabado.

—Bien, de todos modos, nunca me prestan atención —espeté y cerré la puerta de la oficina con fuerza para subir llorando a mi habitación. Aseguré la puerta y pateé el pollo de peluche del suelo, que golpeó el cuadro familiar que tenía en la cómoda. Seguido de eso, corrí a mi cama y me puse a llorar.

Lloré hasta quedarme dormida.

«Mis padres no se daban cuenta de que éramos tan pobres que lo único que teníamos era dinero.»

Una hora después, desperté algo desorientada y no pude volver a conciliar el sueño. Eran las tres de la mañana y yo estaba editando el libro.

Algo que mis padres no sabían era que tenía un libro y escribía por afición. Planeaba contarles cuando terminara de editarlo, pero ahora ambos estaban decepcionados de mí. Muy lista, sí.

No importaba de todos modos. Sentía que podía escapar sin tener la necesidad de salir de casa y eso me gustaba.

«—¡Oye, Georgia! —saludó mi prima sacudiendo la mano, entonces me moví rápidamente hacia mi clase de *ballet* evitando que Shawn me mirara y entré».

Le di una pequeña repasada al párrafo y no pude concentrarme más, así que decidí escribir un mensaje:

«¡Hola, amiguitos! ¡Gia aquí! ¿Cómo están? Solo quería comentarles que ya estoy empezando a editar *Zion* y dentro de poco le enviaré el manuscrito a

Hannah... Pero antes le daré otra leída a todo el texto. Que tengan un buen fin de semana, o al menos mejor que el mío».

Publiqué en mi página y bufé mirando el techo.

Mi teléfono vibró y tuve la intención de ignorar el mensaje, pero me di cuenta de que era Marcel, así que hice caso.

Marcel

Perdón por causarte problemas, Gia ¿Estás bien?

03:20

Gia

Bien no es exactamente la palabra que usaría. Pero las cosas no pueden ir peor, así que no te preocupes. Y te he dicho ochenta veces que digas menos perdón y más gracias

03:21

Marcel

Perdón

03:21

Digo... Gracias

03:21

Gia

¿Tú estás bien?

03:21

Marcel

Sí, no me hizo nada. Además, corren rumores de que la directora ha sacado a Blair de la escuela

03:22

Gia

Bueno. Ya veremos qué sucede. ¿Por qué no duermes? Tienes clases mañana

03:22

Marcel

A eso voy. Quería saber si te metí en problemas. Buenas noches y gracias por ser mi mejor amiga

03:22

Gia

Gracias a ti, Marcel. Te quiero mucho. Buenas noches

03:22

Dejé mi teléfono en la mesa de noche como acostumbraba a hacer y me levanté tomando el cuaderno donde anotaba todas mis ideas. Abrí la puerta del balcón, me trepé por el tejado y me senté ahí acomodando mis gafas. Baltimore resultaba bonito por las noches de verano. Una suave brisa movió mi cabello y me recosté. —Si tan solo pudiera vivir la vida de Georgia. —Abracé el cuaderno y cerré los ojos.

Empecé a reír y negué con la cabeza.

«Por supuesto».

«Siempre me gustó ver el comportamiento de la gente y reflejarlo en mis escritos, pero nunca noté la gran similitud con lo que me faltaba».

## CAPÍTULO DOS

# Un resultado

Desperté un poco confundida mientras tanteaba buscando mi teléfono. ¿Dónde rayos lo había dejado? Ni siquiera recordaba cómo había terminado en mi cama.

Para ser sincera, no quería salir.

Me estiré una vez y por fin abrí los ojos para tomar mi teléfono, pero algo me distrajo; no estaba en mi habitación.

—¿Qué? —susurré levantándome de golpe y caminé por todo el cuarto observando desesperada cada detalle. Mis paredes blancas habían sido reemplazadas por un azul claro que me resultaba familiar. Los muebles eran distintos a los míos, tampoco estaban en el mismo orden.

A decir verdad, el lugar se me hacía conocido, pero no sabía en dónde lo había visto.

«¿Y si mis papás me dejaron en otra casa porque estaban aburridos de mí?».

No...

Un sonido llamó mi atención y giré con rapidez... Había un gatito.

—Hola, pequeño. —Me senté en la cama y saltó sobre mis piernas, con lo que pude verlo mejor. Era idéntico a Zuki, el gato de Georgia—. ¿Zuki? Okey, esto se está volviendo extraño —hablé luego de tomar la correa y leer su nombre.

Corrí al espejo y chillé sin hacer mucho ruido al ver que no era... yo. Me veía como veía a Georgia en mi mente. Ella era más alta que yo, más delgada, no usaba gafas y su cabello era del mismo color que el mío, solo que más largo.

No podía ser. Claramente estaba soñando. ¡Estaba soñando!

Entré en crisis y comencé a sudar mientras tomaba mi cabello.

—¡Amor! —gritó alguien de lejos y alcé la vista—. Georgia, cariño... Baja a desayunar. —Tocaron la puerta.

—Uno... Dos... Tres... —susurré mirando un punto fijo—. ¡Acto de presencia parental!

—¡Acto de presencia parental! —exclamó un señor alzando los brazos al entrar.



—Eh...

—Georgia, estás sudando. Pero si hace frío... Hija, ¿estás bien?

Y yo no era capaz de articular palabra. Estaba casi petrificada.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no bajan cantando como siempre? —preguntó una señora asomando la cabeza. En cuanto me vio, su expresión cambió de felicidad a preocupación y se arrodilló frente a mí—. Está helada, Arnold.

—Ya vengo. —Se movió con rapidez y la señora hizo que me recostara en la cama. Intenté estar lo más tranquila posible, pero todo era muy raro.

—Hija, ¿estuviste de nuevo en la clínica con los niños? Me parece perfecto que vayas con ellos, pero tienes que cuidarte...

—Y-yo...

—Ya estoy. —Arnold dejó un vaso con agua en la mesa de noche y una tela húmeda ligeramente caliente sobre mi frente—. Ten, cariño.

Tomé el agua pensando en que estaba aceptando cosas de extraños. Si era un sueño, era hasta la fecha el más real.

—Dime, Georgia. ¿Estuviste en la clínica?

Negué con la cabeza y volví a tomar del agua, pidiendo al cielo que no tuviera nada malo.

—¿Por qué no habla? —preguntó Arnold y, si no estaba loca, la mismísima Katherine Todd me miraba.

—No lo sé, ayer en la tarde estaba muy feliz porque había logrado perfeccionar un paso de *ballet*...

—Eh... No me pasa nada, es solo que, uhm... Sí. Estaba en la clínica, perdón por mentirles.

—Gia, sabes que no nos molesta, solo cuídate mucho. No es necesario ocultarlo. Yo asentí y sonreí de lado.

—Creo que esto merece un abrazo familiar.

Y me abrazaron. Pasaron un rato conmigo y yo intentaba seguirles la corriente hasta saber qué pasaba con exactitud.

Cuando finalmente se fueron, busqué mi teléfono y lo encontré en la mesita de noche. Recordé que había escrito en el libro que Georgia lo ponía ahí todas las noches antes de dormir. Pero qué decepción... No solo era un teléfono feo, era más antiguo que el mío. ¿Por qué no le di uno mejor?

Lo guardé y suspiré un poco.

—Okey, esto... esto es muy raro. —Me levanté para caminar un poco y me puse a pensar en voz alta—. Me dormí pidiendo vivir su vida y desperté... viviéndola — solté mientras desordenaba mi... su cabello.

Si en verdad estaba soñando, en algún momento despertaría. Así que tenía dos opciones: intentar despertar o aprovechar el momento.

Vivir un bonito sueño o despertar a la fea realidad.

—Sí, gracias. Yo voy a seguir aquí. —Asentí mirándome al espejo.

¿Sería como en las películas?

—Pim, pum, pam. Deseo un desayuno. —Señalé, nada apareció—. Okey, eso no sirve. —Suspiré y tomé mi cuaderno. Curiosamente, era lo que tenía en la mano el día anterior.

Georgia obtuvo un desayuno.

Nada pasó.

Bufé y solo bajé al primer piso donde «mis padres» estaban.

—¿Ya estás mejor? —preguntó Katherine mirándome.

—Sí... Mami. —Sonreí y ella besó mi mejilla.

—Vamos, tienes que desayunar.

Alcé una ceja. ¿Funcionó? Y si funcionó, ¿con cuál de las dos formas fue?

—¿Cómo se siente casi entrar al primer día de tu último año, señorita casi graduada? —Observé como Katherine se desplazaba por la cocina sirviendo cereal en un recipiente y pensé:

«¿Qué? ¡Pero si me faltan dos años!».

«Oh, claro, Georgia».

—Eh, no lo sé. Raro. —Dicho esto, me llené la boca del cereal que la mamá de Georgia puso frente a mí con una sonrisa para no soltar más palabras.

—Estás actuando muy raro, ¿quién eres y qué hiciste con mi hija? —preguntó. La miré; Katherine se parecía mucho a Georgia. No recordaba haberla descrito mucho, pero al parecer, a veces el libro hacía lo que quería. Yo fruncí el ceño y ella empezó a reír.

—Lo siento, es solo que... es el último año y estoy un poco triste.

—Bueno, está bien, mi niña. Hay que cerrar etapas para empezar nuevas y mejores. La universidad te espera.

—Ya se me pasará... Voy a ver a... la abuela.

—Claro, dile que ya le envié la receta que me pidió.

—Sí, está bien —asentí y me acerqué a lavar el plato, pero Katherine, *mi madre*, dijo que ella lo haría.

En casa lo hacía el ama de llaves, mi mamá no tocaba la cocina ni por error.

Subí a la habitación y metí el teléfono que estaba en mi bolsillo en una vieja mochila donde llevaba el portátil y una cámara.

Y tenía una duda más: ¿cómo llegaba a casa de la abuela?

Bajé las escaleras y me encontré con Katherine, que me dio un beso en la mejilla y pidió que abrazara mucho a Nana de su parte.

Cerré la puerta de la casa y me sorprendí al notar que el lugar era idéntico a como lo imaginaba.

Empecé a caminar esperando llegar a un lugar, cuando decidí parar, estaba frente a una bonita casa con flores amarillas en el exterior.

¡Había llegado! ¡Sabía dónde estaban los lugares sin exactamente conocer la dirección!

Toqué la puerta un par de veces y una linda ancianita la abrió. En cuanto me vio, me abrazó mientras saludaba.

—Mi chiquita. —Rio haciéndome pasar—. ¿Cómo estás? Estás muy flaca, vamos a comer un poco.

Entré junto a ella y nos dirigimos a un pasillo que estaba entre la sala y la cocina.

—¿*Muffins* de chocolate y frutos rojos? —pregunté abriendo los ojos y ella asintió mientras destapaba un tazón. Siempre había soñado con una abuelita que me dijera «estás flaca» y me alimentara hasta salir rodando, así que Georgia fue la indicada y yo lo estaba viviendo.

—Lo mejor.

—Me dijo K... mamá que te envió la receta por mensaje. Y que te abrace mucho de su parte.

—Por supuesto que lo hizo, estoy esperando esa receta hace dos semanas, ¿puedes creer lo distraída que es tu madre? Yo la amo.

Yo solo reí y tomé un *muffin* para morderlo. De nuevo, si tenía comida en la boca, menos hablaría.

—Y... Nana, ¿tienes un lápiz?

—Claro, están en la mesa de allá —señaló y caminé hacia donde estaban, dejé el cuaderno ahí y escribí:

Nota:

Mejorar el teléfono de Georgia.

Hacer a la mamá de G menos distraída con su mamá.

Mochila nueva.

—¿Cuándo vuelves a clases?

—Mañana. —Dejé el lápiz en su sitio y ella sonrió levantándose.

—En ese caso, tengo algo para ti —mencionó yendo a algún lugar. Yo me quedé mirando un poco alrededor. Se veía como la casa de la abuelita que siempre quise: fotos familiares en cuadros, flores y adornos antiguos.

Se demoró un poco, pero al final regresó con una gran bolsa de regalos.

—La compré y arreglé porque no me gustaba como se veía.

Era una bonita mochila.

—Oh, Nana, muchas gracias. —Sonreí emocionada y abracé a la abuela de Georgia. O... mi abuela.

—Bueno, ¿y qué quieres comer? Dime y yo te lo preparo.

Podría acostumbrarme a eso con facilidad. En definitiva, no era un sueño — considerando que ya me había pellizcado el brazo varias veces— y me disponía a averiguar qué estaba pasando.